

EL ISLEÑO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta de Gelabert.—MAJON.—D. Matías Mascaro.—IVIZA.—D. Joaquín Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demás puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

PALMA.

CAMPANA DE LA ALMUDAINA.

ORIGINAL DE

D. JUAN PALOU Y COLL.

Los periódicos de Madrid recibidos últimamente, nos anuncian la 20.^a representación del notable drama de nuestro buen amigo y paisano Sr. Palou y Coll, que ha logrado cautivar la atención del público que constantemente asiste al teatro del Circo.

Éxito tan extraordinario como justo, bien merece de nosotros que demos a conocer a nuestros lectores la opinión escrita de la prensa de Madrid, como continuación de los juicios críticos que ya tuvimos el gusto de insertar en nuestro núm. 804.

Felicitemos otra vez al aplaudido autor de LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA por la brillante acogida que ha tenido su obra primera, esperando que en sus nuevos trabajos sabrá mostrarse digno del buen juicio que de él ha formado toda la prensa, y de la patria que le vio nacer, donde ya ocupa un puesto que envidiarían sus más ilustres hijos.

Hé aquí ahora como se espresan varios periódicos de la corte:

(El Mundo Pintoresco.)

Las graves preocupaciones del momento, que a todos los espíritus absorben, nos han apartado contra nuestra voluntad por algunos meses de la arena literaria, predilecta esfera de nuestros estudios. Ha menester de grande serenidad de ánimo el escritor que en las decisivas crisis de los pueblos, como la que atraviesa el nuestro a lo presente, reparta su atención a todos los lados de la vida pública, y baje así al mundo de los hechos, como se eleva al de las ideas en un mismo punto. Aunque esencialmente antitética la profesión literaria, hay en verdad antítesis inconciliables. La guerra es enemiga del arte, enemiga mortal y jurada. ¿No lo veis? desde que los soldados gritan, los poetas están mudos; y si una feliz casualidad nos proporciona todavía placeres como los que gozamos en el teatro del Circo la noche del 3 del corriente, esos son cantos de cisne, que ahogará el primer grito de victoria que resuene en África. ¡Triste porvenir el de los teatros en este invierno, sino empuñan la trompa épica!

Pero esta misma razón debe hacernos saborear con más delicia los últimos goces del arte. Apresuremos, pues, y gracias sean dadas al que en copa de oro nos los ofrece.

La campana de la Almudaina ha dejado en nuestro espíritu profundas impresiones. Su autor es joven, muy joven, y se presenta en la lid calada la visera. Nunca hemos visto su rostro, nunca han proclamado su nombre los heraldos de la fa-

ma. Viene peregrinando, sabe Dios, de dónde, a pelear, porque arde en sus venas el fuego de los héroes. ¡Bien venido! ¡bien venido! Es un espectáculo en verdad que a la imaginación preocupa ver salir del fondo de ese inmenso horniadero que se llama la humanidad una cabeza juvenil, acaso imberbe, que manda con un gesto de rey parir en su aturrida marcha a esa misma humanidad, orgullosa, indiferente, descreída, y en pocos momentos, en una sola noche se alza rey sobre el payés de todas las inteligencias, por el prestigio de la suya, y luchando abiertamente contra todas, que por instinto rechazan la superioridad, aunque acaben por someterse a ella. ¡Oh! solo a la juventud es dado obrar semejantes maravillas, que como acaba de salir de la mano de Dios, siente su impulso todaría, todavía se mueve debajo de su voluntad.

A medida que nos apartan de esa edad hermosa el tiempo y las desdichas, empujándonos con brazo de hierro a la árida cumbre de la existencia, más y con más deleite se vuelven nuestros ojos a contemplar, a través de las oscuras nubes que nos rodean, aquel cielo siempre puro, siempre azul; y cuando en él despunta una estrella nueva, no hay en nuestra cansada voz himnos bastantes para saludarla y bendecirla. ¡Oh, poeta, que desde el risueño arroyo de la juventud avanzas a los mares de la vida, dichoso tú mil veces, que traes tu fragil barca llena de ilusiones y con rayos de gloria iluminada! ¡Así pudieras parar el reino y no precipitarte nunca en este abismo de los abismos, donde para no padecer naufragio, tendrás que arrojar tu cargamento a las impías olas!

Tales y tantas emociones embargaban nuestro espíritu, cuando presenciábamos la primera representación de La campana de la Almudaina; y ha sido menester el transcurso de muchos días para que acertáramos a darnos cuenta de lo que habíamos visto. ¿Qué secreto divino es este, que no solo a nosotros, sino a la multitud la subyuga, la fascina, la encadena a la voluntad de un joven desconocido? ¿Genio, genio! es que se trata de uno de tus hijos.

En el estado actual de la literatura dramática, estado de confusión y de crisis, donde ninguna idea predominante se levanta, donde el gusto público camina, como el de los autores, al azar, falto de sendas fijas y detroteros conocidos, era difícil imaginarse un drama que, sin contener elementos nuevos, capaces por sí solos de hacer una revolución en el arte, causara sensación en el mundo intelectual; y sin embargo, La campana de la Almudaina lo ha conseguido, sin contener esos elementos nuevos, ni aspirar al carácter de revolucionario artístico. ¿Cómo se explica este fenómeno? De una manera muy sencilla en nuestro entender. La campana pertenece a ese orden de ideas, que nunca pasan de moda, que podrán en épocas dadas de perversion del gusto, encontrar al público frío, pero nunca indiferente. La escuela de la verdad en el arte, rara vez dejó de ser el mejor espejo de la vida. La dificultad para los poetas consiste en no confundir las verdades convencionales, o mas claro, las pasiones ficticias, hijas del estado social, con las pasiones profundas y eternas, hijas del corazón.

El amor de una madre y la lealtad de

un caballero son los polos en que gira La campana de la Almudaina. ¿Puede haber elementos mas gastados en el teatro? Pero otro poeta hubiera hecho un drama vulgar, un drama como ciento de los que conocemos en el repertorio, y al señor Palou por lo contrario la intuición omnipotente de su genio le ha introducido de tal modo en los secretos del corazón humano que su drama es enteramente nuevo a pesar de su vejez.

Gilabert de Centellas, gobernador de Mallorca por don Pedro IV de Aragón, llamado el Ceremonioso y el del Puñal (puñal) digno compañero de don Pedro el Cruel de Castilla, aunque menos grande en sus vicios y virtudes, se halla encargado por su soberano de dar muerte a doña Constanza, viuda del triste Jaime III de Mallorca, y a su hijo Jaime IV que amenazan de momento a momento encender la guerra civil.

La viuda, que pasa para todos muerta, vive disfrazada en una alquería próxima a Palma, con una niña de origen desconocido; y el príncipe don Jaime que se hallaba en Barcelona preso, acaba de escaparse con auxilio de sus partidarios cuando comienza la acción. Advirtamos también que a Centellas le ha salvado la vida doña Constanza.

Increíble parecerá que un autor novel haya hecho tan magistralmente la exposición de su drama. No solo es interesante el primer acto, sino que algunas de sus situaciones por lo bellas y bien preparadas pueden competir con las de los siguientes. La anagnórisis que produce la llegada del príncipe, disfrazado de trovador, a la alquería, es de lo mas bello que hemos visto en el teatro. Y la situación por otra parte no puede ser mas vulgar.

C. Que al punto le prevengan cama y mesa.
J. Es inútil, señora, vuestro empeño.

J. Voy allá, ¿os cambia la vista?

J. Perdonad.

C. Ved que interesa;

si queréis conciliar un dulce sueño.

J. No vengo, no, a buscar por vida mía,

de los sentidos la indolente calma.

C. ¿Qué buscáis, trovador?

J. ¿Una armonía,

que perdieron las cuerdas de mi alma!

C. ¿Que hay en Mallorca que a su dicha cuadre?

¡Dios presumo que os trae a mi presencia!

¿Qué os falta, trovador?

J. (Levantándose) Dadme a mi madre,

y en cambio disponed de mi existencia!

C. ¡Oh! ¡mas bajo! Con magia arrobadora

fatir tu voz mi corazón ha hecho.

J. El mio al oír a su vez ahora

de gozo estremeció mi airado pecho.

C. Un hijo tengo yo que en Barcelona

arrastra entre cadenas la agonía.

J. ¿Qué delito?

C. Hereder...

J. ¿Una corona?

C. ¡Hijo de mis entrañas!

J. ¡Madre mía!

El espectador lo ha adivinado ya; pero

no espera que la peripecia llegue tan pronto,

ni tan magistralmente preparada. Aunque abundan los versos flojos en esta es-

cena, toda ella es delicadísima, y hay ras-

gos de tan exquisita sensibilidad, tan pro-

prios de la situación, que traen lágrimas a

los ojos mas secos.

C. ¿Qué buscáis trovador?

J. ¿Una armonía,

que perdieron las cuerdas de mi alma!

¿No es un gran poeta el que en solos

dos versos hace este poema del amor filial?

¿qué cosa mas bella y mas exacta puede

un hijo decir del amor que tiene a su madre? ¡Armonía de las cuerdas del alma! ¡Oh! sí; todos los que escuchan este verso sienten vibrar en el fondo de la suya el eco de aquella voz que los arrullaba en la infancia, eco que nunca apagan los ruidos del mundo, eco mas dulce, mas inefable, mas consolador que todas las armonías de la tierra, porque es la armonía de las cuerdas del alma.

Hay en esta misma escena otro rasgo que pinta a la madre, a esa única criatura humana que realiza el ideal de Dios, como pudiera pintarla Shakespeare, el Miguel Angel de las grandes pasiones. Es un rasgo sencillo, de que apenas se percibe el espectador. Cuando su hijo la reconviene por haber salvado la vida al enemigo de su padre, ella, que es una mujer de fuertes pasiones, no hay que olvidarlo, le replica en dulce tono:

He vuelto bien por mal... ¡oh! no lo siento; con mis odios luché y los he vencido, y en premio de mi heroico vencimiento hoy el cielo a mis brazos te ha traído.

Si no está aquí toda la madre, con su ternura, con sus creencias religiosas, con su inmenso amor, nos declaramos incompetentes en punto a pasiones delicadas. ¿Qué madre al abrazar a su hijo, no cree que Dios lo paga en aquel momento sus sacrificios todos, todas sus penas, una vida entera de lágrimas y amargura? Solo una madre puede decir esos cuatro versos acerca de Centellas, habiendo dicho a Isabel pocos momentos antes:

CON. ¡Oh! ¡le detesto!

ISABEL. ¿Señora! ¿le aborreceis?

CON. Yo le cuido sin reposo;

pero al mirarle imagino

que estoy viendo al asesino

de mi hijo y de mi esposo.

Y mas adelante, a su partidario don Pe-

dro de Torramira, le dice en mas fiero

tono aún:

¡Seis días ha que rebosa

veneno mi corazón!

Pues esta misma mujer es la que res-

pónde a su hijo:

He vuelto bien por mal... ¡oh! no lo siento;

con mis odios luché y los he vencido,

y en premio de mi heroico vencimiento

hoy el cielo a mis brazos te ha traído.

También contribuye a ablandar su co-

razon,—y esto es una prueba del instinto

dramático del autor,—el oír a Centellas

moribundo,

soñando con una hija

cuyo paradero ignora.

La homogeneidad de sus respectivas si-

tuaciones templan sus odios hasta el mo-

mento en que el gobernador se apodera

de don Jaime y recibe el feroz encargo de

acabar con madre é hijo. Entonces doña

Constanza despliega un valor, una energía

que seria selvática, si el amor maternal

no hablara siempre claro entre sus rujidos

de leona. La situación culminante del dra-

ma, situación de tal fuerza y de tal arte,

que para encontrarle parecido tendríamos

que recurrir al teatro inglés ó al teatro ale-

man, a Shakespeare ó Schiller, es la si-

guiente: Mallorca se ha levantado por don

Jaime, que se halla preso. El leal gober-

nador vé inevitable su propia muerte; pe-

ro quiere evitar la guerra civil; quiere

cumplir la orden de su rey, y dice a su

servidor Galceran:

Si oyes la campana, al punto

á tus pies caiga difunto don Jaime.

GALCERAN. Cacerá.

Y luego, ya á solas con doña Constanza, y en el tono firme del hombre que cumple en la tierra con su último deber, añade:

Sobre esta estancia real la alta torre se eleva de la campana que lleva la muerte en su son fatal. Nada mi lealtad coartas; todo por ella se pierda; Ved el caracol, la cuerda... ¡Monstruo del infierno! ¡aparta! La cuerda he cogido ya. Tened: si toco, al instante la cabeza del infante por el suelo rodará. (ruido de armas.)

CON. Tiene el orgullo loco. ¿Oyes? tu guardia se entrega. Mi gente, tripa... ¡aquí llega! Que entre aquí esa chusma y toco! ¡Oh! (de rodillas.)

CON. Tu ruego á Dios envío con presteza sobrehumana, que es el son de esta campana el toque de su agonía.

En este punto invaden el palacio de la Almudayna los conjurados victoriosos: doña Constanza quiere detenerlos diciéndoles que Centellas ha puesto en libertad á su hijo; pero el gobernador la desmiente á impulsos de su lealtad. Van á matarle.

CON. ¡Atrás! Tened mis señas. TORNAM. Señora, no lo comprendo. CON. ¡Vos! vos defendéis... Defiendo al hijo de mis ent años. TORN. ¿Qué decis? CON. Si aun no cayó de vuestros ojos la venda, basta que yo lo comprenda que madre del rey soy yo. ¿Queréis de don Jaime ver, la cabeza ensangrentada sobre una pica clavada en la torre de Bellver?

Esto diciendo, les señala la actitud amenazadora de Centellas, que aun tiene cogida la cuerda de la campana. Los conjurados comprenden al fin, y obedecen su mandato. Doña Constanza y Centellas quedan solos. La situación es la misma, absolutamente la misma de la escena anterior, y solo un prodigio de genio puede hacer que, prolongándose tanto, no languidezca. Cuanto mas grandes las situaciones dramáticas, mas peligrosas son, mas difíciles de conducir. El autor ha hecho el prodigio, no solo de prolongarla extraordinariamente, sino de aumentar su interés, cosa que ya parecía imposible.

CON. ¡Infame! Si por azar (soltando la cuerda con violencia) en ser traidor yo soñara, la existencia me arrancara por no volverlo á soñar. (Vuelvase de improvviso, y dice señalando el retrato de la derecha.) ¡Oh! ved: si ella respirara el fruto de nuestro amor, en holocausto á mi honor, conmigo las inmolara. (Doña Constanza retrocede; pásase las manos por la frente, y esclama con una sonrisa, apenas perceptible, que acaba por dar á su semblante una expresión de sangriento gozo.)

CON. ¿Qué imagen es la que veis? CON. Sonreís, doña Constanza? CON. ¡Ay! si llega mi venganza al colmo de mi deseo. Isabel es tu hija.

CON. ¡Oh! CON. Aquella noche funesta... CON. Acaba. CON. Esta mujer, esta al morir me la entregó. CON. ¿Fué tu esposa? CON. No lo niego. Proseguid. CON. ¡Dios de bondad! Voy poniendo tu lealtad en un argolla de fuego. (Tras una tarde de horror (bien de cuál hablo penetras) que aun narran en rojas letras los campos de Llummayor, perdido todo sendero ciega buia ante tu grey la viuda del mártir rey llamado Jaime tercero. Aquella noche inclemente murió una mujer ahogada en una quinta inundada por las aguas de un torrente.)

CON. Hoy hace trece años.

CON. Si.

Habla, no dejes de hablar. Un punto antes de espirar aquella mujer allí, por los tuyos perseguida llegaba á la quietud yo. ¿Y mi hija? Se salvó. Pero... ¿aun existe? En mi huida llevéla conmigo á Francia, sin que pudiera mi anhelo rasgar el sombrío velo de su origen y su infancia. ¡Pero aun vive! Vive sí. ¿Le amas mucho? Mucho. Calma. ¿Qué dieras por ella? El alma! Así me place, así. Vive, en mi poder está; pero en su vida ó su muerte tu infeliz hija la suerte de don Jaime correrá. Mi hijo! Nunca tal hecho manchará mi honor. Sostega. Y si tu hija te lo ruega y amaga un puñal su pecho? ¡Oh! ¡ruin corazón! ¿Lo ves? Ya empiezas á ser clemente. (Llevándole á la ventana.) Es Tornamira y su gente. ¡Oh! Isabel también. Ella está. Pueblo aquí. (gritando.) Mirala, mirala. Hija mía. En mi poder se halla. ¿Qué intentas hacer? Prende á Isabel, Tornamira, y si da una vibración la campana de palacio, hunde sin piedad ni espacio tu acero en su corazón. Basta. Es tarde: Toca, toca. ¡Compasión! ¿No quieres? ¿no? pues bien: tocala yo. (Corriendo á coger la cuerda de la campana.) Aparta, pecho de roca. La cuerda he cogido ya. Quieto. Si á tocar acierto, de tu hija el cuerpo muerto por el suelo rodará. ¡Oh! (Cae de rodillas en la misma actitud que antes tenía doña Constanza.)

CON. Tu ruego á Dios envío con presteza sobrehumana, que es el son de esta campana el toque de su agonía.

De propósito hemos copiado íntegra esta escena, aun á trueque de alargar demasiado nuestro artículo, para ahorrarnos todo eacarecimiento, toda reflexion. Sus bellezas son de tanto bulto que escusan el análisis.

Así acaba el segundo acto, nudo del drama.

El tercero, en buena ley, seria muy defectuoso, sino se presentara en la palestra este joven autor provisto de todo género de armas. El versifica bien y con la sobriedad que exige la escena, él es galano y lirico con oportunidad (dote muy rara) él es sencillo, en la forma y profundo en el fondo, él prepara las situaciones admirablemente, él las encadena y desenlaza con facilidad suma, y él por último, ha vencido en La campana de la Almudayna dificultades que á un maestro arderdrarian. El acto tercero solo se comprende y se explica por el mágico poder del genio. La situación es la misma que ya conocen nuestros lectores. El interés sigue todo concentrado en la campana. ¿Cómo podrá sostenerse sin monotonia? ¿Cómo podrán aquellas pasiones gastadas, casi agotadas por su violencia misma, producir peripecias interesantes? Apurados nos veriamos para explicarlo, sin recurrir al quid divinum de Horacio, al fuego sacro que circula por todas las escenas del drama, como circula la sangre por todas las venas del cuerpo.

Concebida tal como está esta obra de titánica sencillez, la accion no podia adelantar un paso del acto segundo al tercero, solo en la reaccion de las pasiones podia encontrarse el desenlace. Dificultad difficilísima, valiéndonos de un pleonasmo semejante al que usó Moratin en su leccion poética. Muchos obstáculos habia que vencer. El amor

paternal estaba gastado en sus manifestaciones bellas y dramáticas, el público deseoso de escenas vivas, de situaciones culminantes, de golpes de efecto, y los personajes por último colocados en tan critica situación que no podian moverse sin comprometer el drama. Tan imposible ó mas aun era recurrir á elementos de segundo orden, á pasiones episódicas, porque cuando el público ha empezado á sentir es preciso que acabe por llorar. Como se vé, para salir al puerto entre tantos escollos ha de manejar el timon mano muy hábil. Los mismos matices de las pasiones que ya conocemos, son los resortes de que el autor se vale. ¡Profundo y difícil estudio fisiológico! La tierna debilidad de doña Constanza permite que en Centellas reviva el fuego casi extinguido de la lealtad. Cuando la vengativa reina vuelve á ser madre, el afligido padre vuelve á ser caballero. La transición es tan natural, tan lógica, que apenas se percibe. A la tercera escena del acto, doña Constanza vuelve á pensar solo en su hijo, y el gobernador á pensar solo en su rey. La lucha se trava nuevamente; pero ya Centellas no es el hombre enérgico del acto segundo. Su alma ha languidecido en las voluptuosidades del amor paternal. Así la reaccion de su lealtad es mas violenta, porque le halla débil; pero menos duradera porque le halla apasionado; y cuando descubre que el rey le es traidor, que hace tiempo que dió á Beltran Roig el encargo de espíarle porque duda de él, apresúrase á sacudir su cadena para ser todo hombre, todo padre. La verdadera accion está pues, reducida en este acto á la fuga del príncipe y al ardil de que se vale Beltran Roig para cortar la cuerda de la campana. Y sin embargo, parece este acto tan rico de accion como el segundo, porque los versos palpitan en boca de los actores. El interés está casi todo en la forma. Cuando Centellas se obstina en tocar la campana, aunque muera Isabel, le dice la reina. ¿Qué es tu hija? Y responde Gilabert: Maldición si el serlo mi honor humilla! si un Guzman tuvo Castilla! otro en mi leonará Aragón.

Y mas adelante: Cuando don Pedro desgarré mi corazón con su sangriento puñal, de que ninguno se libra, no hallará en él una fibra que no haya sido leal.

Y qué ternura rebosan las palabras de doña Constanza, cuando arrepentida de haber querido vengarse en Isabel, se la disputa á su mismo padre! Yo, que la supe mostrar el camino del deber! yo, que la enseñé á querer! Pero donde mejor se advierten estas delicadas gradaciones de la pasión de ambos padres, es en la terrible escena en que Gilabert halla cortada la cuerda de la campana, y por último, en la situación final, cuando luchan todos porque Centellas se quede al servicio del nuevo rey de Mallorca: Pues cadenas de pondré. Cadenas: las romperé. Si, pues rompe esas. (Echándole á su hija en los brazos.)

Hora es ya de concluir, que lo sobroso de la materia nos ha dilatado mas de lo justo. Pocas obras de autores principiantes reúnen las condiciones artísticas que aquilatan la del señor Palou. Ya hemos ponderado su sobriedad, prenda tan difícil en el arte dramático y al propio tiempo tan necesaria, pues Talía no consiente que se la obligue á decir mas palabras que las estrictamente precisas, y raro, muy raro es el poeta nuevo que no desahoga en su primer drama todo el torrente de sus inspiraciones. Su manera de preparar las situaciones sin que pierdan nada de su novedad, es tambien por todo extremo peregrina y hábil. En La campana de la Almudayna se revela doblemente esta cualidad escénica, porque notándose desde las primeras un dualismo de pasiones casi idénticas, que hace marchar el interés en

líneas paralelas, solo por un esfuerzo de genio ha podido darse novedad á situaciones que en el fondo se repiten y se pliegan. Tambien merecen aplauso sus dotes de versificador dramático. Rara vez dejadeencontrar la expresión mas feliz, el epíteto mas oportuno y mas exacto, la mas adecuada poesía. Aunque en el lenguaje se advierten faltas de propiedad y giros exóticos, como de escritor nacido fuera de Castilla, faltas son estas que seguramente corregirá un joven que con tan buenos instintos literarios viene á la escuela del mundo maestro casi en todo.

Echase de ver en mas de un pasaje del drama, que el modelo favorito de su autor es Zorrilla. No censuraremos nosotros esta elección; pero debemos prevenir al joven poeta contra las consecuencias que puede tener. Su instinto dramático, infinitamente superior al de Zorrilla, se empequeñece tal vez por las trabas que le ponen involuntarias reminiscencias. La situación culminante de La campana recuerda vagamente el final de la segunda parte del Zapatero y el rey, obra en que acaso no pensaba el señor Palou; pero su espíritu debe hallarse demasiado lleno de su Zorrilla, como dirian los franceses. Y en cuanto á la forma de su modelo, debe tambien ser precavido. No todo debe imitarse. Ciertas maneras zorrillescas no están completamente aceptadas por el buen gusto.

Aquella tarde de horror (bien de cuál hablo penetras) que aun narran en rojas letras los campos de Llummayor; es un zorrillismo curable. Aunque el cantor de Granada tenga la mania de hacer escribir con tintas de colores á todos los objetos inanimados, el buen gusto aconseja recurrir á otros medios menos violentos, para que espresen la idea del poeta. Los campos que en poesía pregonan muy bien, escriben muy mal.

La ejecución de La campana de la Almudayna distó bastante en su estreno de la medianía; pero no han tardado en realizarse nuestros pronósticos: Teodora Lamadrid y Valero rayan hoy á una altura tal, que asienta este entre sus mayores triunfos. El grito de doña Constanza á sus partidarios desde la ventana: Prende á Isabel, Tornamira, y si da una vibración la campana de palacio, etc. muchos rasgos de las magníficas escenas de la campana; Así me places, así; que dice á Centellas; ¡Toca! ¡toca!

y luego aquella transición de tan buen efecto. Dice que espadre, Dios mío, y aun no ha soltado la cuerda. Dice que Dios la salvó, y aun no se ha postrado á orar! son para la señora Lamadrid otros tantos verdes laureles en su antigua inmarcescible corona.

Lo mismo exactamente puede decirse del señor Valero, porque sus situaciones son gemelas.

Hay una sin embargo que no debemos pasar en olvido; cuando baja del caracol into en la sangre del Beltran Roig.

El señor Ortiz, que tiene dotes muy apreciáveis, necesita perfeccionar aun su papel del príncipe.

V. BARRANTES. (El Reino.)

Fortuna es grande, por cuanto que nos muestra inundado en luz el horizonte del deseo, la que ofrece á nuestra iudocia pluma ocasión con que proseguir sus tareas con la jubilosa satisfacción que producen los triunfos tan honrosos como justos alcanzados en estos días por un escritor de egregia estirpe en el Parnaso español, y cuyas dotes le acaban de conquistar un legítimo puesto entre los primeros autores dramáticos, prez de la juventud española.

Desde luego comprenderá el lector que nos referimos al Sr. D. Juan Palou y Coll, autor de La campana de la Almudayna, drama original en tres actos y en verso, que con general aplauso

se representa en la actualidad en el teatro del Circo.

Antes de hacer mérito de esta obra, con el interés que su importancia nos inspira, disculpáremos la brevedad que vamos a emplear, primeramente con la consideración de que otra persona de juicio más elevado que el que podemos emitir, y de autoridad reconocida, ha de ocuparse próximamente en su crítica en nuestras columnas; y además, por el corto espacio de que podemos disponer, en razón a tener que dedicar nuestra atención a otras obras recientemente representadas.

El drama del Sr. Palou es una verdadera joya literaria; su argumento no es para narrado, sino para visto en acción; por esta causa, y porque creemos también que nadie que se interese poco o mucho por el lustre de las letras y las artes, dejará de asistir a su representación, apuntaremos solamente las consideraciones que esta obra nos sugiere.

Un sentimiento purísimo, una idea tierna y elevada forma la síntesis de *La campana de la Almudaina*: el amor paternal. Otra, de orden secundario en la obra, aumenta su importancia y tiende a levantarla: el amor a la honra. Con móviles tan altos ha dado vida a su creación el Sr. Palou. Unido a esto sus formas sobresalientes, justo será calificar de lógico el triunfo que ha obtenido.

Una mujer de corazón altivo y noble, de varonil ardimiento tratando de conquistar para su hijo el trono que se le había usurpado; una reina que deja de serlo para convertirse en madre, y una madre, madre al fin, en quien la vista de su hijo borra un pasado que las mas hondas desdichas habían hecho eterno. Una mujer que tan pronto teme como amenaza, que llora herida en la sensibilidad; y ruge instigada por la sed de venganza; que espera y desconfía, suplica y condena, se humilla y avasalla, pero que no odia jamás, ni emite una idea mezquina. Un trasunto de la mujer apasionada; en fin, una reina verdadera. Hé ahí el primer tipo que arranca del cuadro del mundo el Sr. Palou para abultarle a nuestra vista con una exactitud prodigiosa. Hé ahí el personaje de doña Constanza, Centellas, gobernadora de Palma en tiempo del rey don Pedro el Ceremonioso ó del puñal, participa también en este drama de cualidades que le avaloran, de afecciones que tienen exacta analogía con las del carácter de doña Constanza; y sin embargo, el contraste que forman ambas figuras es hábil, adecuado y a veces sublime. Padre también de una hija que desconoce; de corazón recto, sensible con apariencias de rudeza, hidalgo en sus pensamientos, y esclavo de sus deberes como fiel vasallo; este hombre, atormentado por el anhelo constante de hallar a su hijo, único fruto de sus amores, se humaniza y pierde los arranques de severidad que le son propios, cuando la reina, proscrita de Aragón, ha menester un dique al impetu de sus zozorras. De aquí que estos dos seres, unidos por la desgracia, se sirvan de mútuo lenitivo en sus dolores. Ambos obedecen a una misma idea, ambos se excitan por análoga causa. Poderosos y grandes, luchan sin tregua por salir vencedores en su demanda, sin tener para nada en cuenta que en el triunfo de uno va envuelta la desventura del otro; pero al fin de la jornada los dos vencen, después de haberse mostrado a cual mas dignos del vencimiento.

Tal es la encarnación del drama que nos ocupa. En este noble pugilato se funda su artificio; en tan hermosa idea se acrisola el talento del autor. El plan está meditado convenientemente, que así y solo así se edifica con cimientos sólidos. En su trama, sencilla, pero bien coordinada, hay algún pasaje violento, ó tal vez inverosímil, como la aparición de don Jaime, huido en corto tiempo de Barcelona, donde se hallaba encarcelado, ó el en que Centellas olvida el pliego importante que se le ha transmitido, por el cual descubre doña Constanza los crueles designios del rey respecto a su persona y a la de su hijo; pero triviales defectos son estos cuando en la conducción del plan se observa una sobriedad prudente de tantas escenas inútiles y tanta vaga palabrería como suelen servir de escollo a los autores inexpertos.

En el primer acto, de exposición breve y atinada, descúbrese al poeta con todas sus galas; si la delicadeza de los conceptos y el tinte de que se halla bañado no fueran bastantes a darnosle a conocer, bastaría para esto el carácter dulce e impresionable del personaje en donde se halla concentrado el espiritualismo de la obra.

Isabel es un ser que raya en lo sublime. Aquella niña ha nacido para sentir, para amar y crear. En su pecho se ha levantado un altar a la gratitud, y su corazón late conmovido, así por el melancólico susurro que forman las hojas desprendidas de los árboles, como por los misteriosos ecos del arpa del trovador que modula sus cantos al pie de los muros donde vive con su protectora.

D. Jaime penetra en la casa donde su madre se desbace en lágrimas a la memoria del hijo de su corazón, y en holocausto de las desdichas que aquel experimenta por la pérdida de su reino. En la entonación vigorosa del príncipe disfrazado; en las elevadas frases que parten de sus labios, como en la grandeza de que este carácter se halla revestido, se adivina al instante al sucesor del mártir Jaime I.

Bañados de un encanto que conmueve al público los caracteres de los dos principales personajes del drama, resalta en este acto su última escena, en que por medio de un resorte sencillo, pero dramático, se descubre el interés, que crece a medida que se va desarrollando. El sonido de una trompa siembra la duda en el espectador, pues que esta señal puede ser nuncio de salvación ó de exterminio, y en este resorte empieza a subir de punto la importancia de la obra.

El segundo acto del drama es el núcleo donde se refleja la fuerza intelectual de su autor. El filósofo, el poeta y el autor dramático se disputan la victoria en una de sus escenas, la mas importante de todas. Ved aparecer a Doña Constanza para pedir arrodillada a Gilabert de Centellas la vida del trovador errante, que ha sido preso porque un parte secreto avisó que D. Jaime se halla en Palma y su madre también. La reina, trémula, angustiada, demanda una contrisa a los labios del que debe ser ejecutor de los mandamientos del rey; y cuando este sorprendido la razón de sus ayes y suplicas, porque la madre se rebela a su atención escudriñadora. Doña Constanza se humilla, anhelando obtener por la suplica lo que no ha sabido alcanzar por el fingimiento. ¡Qué delicadeza en los conceptos y en la frase! ¡Qué conocimiento tan exacto del corazón! Lástima que el Sr. Palou no hubiera suprimido aquí algunos versos, cuya belleza no hace desaparecer la inverosimilitud de que Doña Constanza en instante tan supremo se detenga en rasgos e imágenes poéticas. La escena debería marchar mas rápida; a las palabras deberían suceder con mas prontitud los hechos; por eso desde que se abre la puerta en donde aparece la cuerda pendiente de la campana; y Centellas se apodera de ella, presa del vértigo que le produce el aspecto altivo de Doña Constanza, hasta que termina el acto, se justifica el gran predominio que el poeta ejerce sobre el auditorio, el cual se afirma tanto mas, cuanto aquella situación peligrosa se prolonga.

La prepotencia con que en un instante dado se ilumina el semblante de Doña Constanza, la transición en que Centellas se convierte de verdugo en víctima, y el dolor por que el padre se ve herido temiendo que aquella mujer agite la cuerda que ha de cortar la existencia de su hijo, producen a primera vista una magica sorpresa; si el espectador deja obrar a la razón fría y desencantada, el hecho aparece salto de verdad, porque juzgase inverosímil que la madre recurra a aquel medio solo por vengarse, toda vez que ni en sueños debe hacer sonar la campana que condena a su hijo a la misma terrible suerte; sin embargo, tal recurso, aunque pueda tacharse de falso, no lo es. La enagenación de los sentidos que conturba a aquella mujer, puede servir de disculpa para que obre así. Ella ha sufrido un implacable martirio, y la condición humana tiende siempre en el primer instante a obrar en relación con el mal que se sufre ó el tormento que se padece. Doña Constanza muestra al asir aquella cuerda fatal que la expiación de la inhumanidad debe ser tan cruel como la inhumanidad misma; y Centellas en tal ocasión, salto de la luz del pensamiento y del raciocinio, obra impresionado por un acto de ferocidad que teme, sin recapacitar, sobre si puede ó no ser probable.

Pasamos al acto último, el cual debiera aparecer menos importante, porque en él vuelve a reanudar el Sr. Palou la escena magna del segundo; pero allí, merced a un resorte original, nuevo e inesperado, el drama se mantiene a su elevada altura. Centellas, exaltado por el remordimiento de llegar a ver su honra mancillada,

y echándose en cara una debilidad que en aquel tiempo constituía un delito, porque los hombres miraban la razón de estado como superior a todas las leyes de la moral y del sentimiento humano, intenta por segunda vez dar la señal de muerte para don Jaime, olvidándose de su hijo. Mas el ir a poner en práctica su resolución, la cuerda cae a sus pies. Beltrán Roig, privado del gobernador, protegiendo en odio al rey D. Pedro la causa de Doña Constanza, la había cortado. En este medio, de que hace uso el autor para desenlazar aquella hábil cadena de sucesos, resalta una gran verdad y se halla propiamente justificado.

La obra termina de una manera halagüeña para el público; hubiéramos preferido que su final no participara del carácter melodramático, así como que la acción no caminara tan rápida desde el segundo acto hasta el desenlace. En *La campana de la Almudaina* predomina el buen género romántico; tanto, que a haberse estrenado esta obra en 1835, su éxito hubiera sido aun mas popular; pero se hecha de ver que en su conjunto interviene menos la lucha de afectos, para coronar las vigiliat de su autor, que el uso de recursos basados en objetos inauditos.

Sea como quiera el drama del Sr. Palou es el mas importante de cuantos se han representado en estos últimos años. Sus caracteres están sostenidos con admirable constancia. Los rasgos en que abunda respiran tanta grandeza como sus personajes, puesto que hasta Beltrán, el mas villano de todos, aparece dulcificado y noble. La historia observase fielmente en el pensamiento capital; y si al escritor pudieran tildársele algunos ligerísimos lunares, el poeta siempre se ostenta triunfante y el pensador profundo. En una palabra, la unidad de la obra es lo que constituye su mayor belleza.

Teodora Lamadrid, cuyo talento se halla tan probado, se muestra todas las noches digna intérprete de tal creación, Valero es muchas veces el actor de primer orden; otras, decae visiblemente.

Con dificultad se hubiera elevado nadie a tanta altura como estos dos artistas. Nos atrevemos a indicar al último que no emplee tanto las pausas, y que no exagere las actitudes y la acción en el final del segundo acto, porque la ficción debe hallar término prudente.

De los demás actores solo son dignos de recordo la señorita Teodoro y el Sr. Casanó.

(La Iberia.)

El movimiento teatral continúa en escala ascendente.

Cada semana aparecen en los distintos coliseos de la corte cuatro ó cinco dramas y comedias que nacen y mueren como flores inodoras agostadas por el brillo de las candelas.

El público, como niño mimado a quien se le ofrecen multitud de juguetes a un tiempo, corre de un lado a otro sin saber cual elegir, parándose por fin como electrizado ante los robustos y sonoros ecos de *La Campana de la Almudaina*, cuya caerdá ha servido para salvar a la empresa del Circo del naufragio que la amenazaba.

Ha llegado ya el tiempo en que los actores tienen que reconocer mal que les pese, que sin buenas producciones no pueden aspirar los teatros mas que al descrédito y la muerte.

Pasaron los dias en que un actor llenaba todo un año cómico con obras ya vistas y gastadas, ó con algunas traducciones, despreciando con irrisante orgullo a los escritores que se acercaban a sus puertas llenos de modestia y de mérito.

No quiere esto decir que hayan desaparecido las pandillas y las sociedades de elogios mútuos, hijas las primeras del egoísmo y la envidia de las medianías, y nacidas las segundas en los cafés y en las gacetas; pero confesamos con placer que el verdadero mérito tiene hoy franqueadas las puertas de los teatros, porque los principales actores, haciendo de la necesidad virtud, se han visto precisados a llamar en su auxilio a los escritores dramáticos.

Sin *La campana de la Almudaina*, el Circo que arrastraba una existencia que tenía todos los síntomas de una muerte cercana, a estas horas ó hubiera dejado de existir ó hubiera a lo más conseguido prolongar su agonía.

Por eso Valero se asá todas las noches entre los mas ruidosos aplausos a la cuerda de la milagrosa campana, y Teodora, con una energía y una resistencia de que no la creíamos capaz, muestra en el interesante papel de doña Constanza que es una gran artista. En este drama la

encontramos muy superior a Valero; tanto en la manera de comprender el carácter que interpreta tan felizmente, como en su gesto y acción, siempre propios de los efectos que la agitan. Cuando se apoya en la ventana por donde momentos antes arroja las armas a los conjurados, está verdaderamente sublime. Es una figura acabada que pide un pincel que la eternice en el lienzo.

El triunfo del señor Palou y Coll, ha sido mas grande de lo que él pudo imaginarse al trazar las energicas figuras de su valiente drama.

Algunos ratones literarios de esos que viven royendo reputaciones, se entretienen en clavar sus dientes en la obra de este inspirado autor; pero les sucede lo que a la víbora de la fábula que no pueden hacer mella en el precioso metal de la campana, bajo cuyo peso gimen aplastados.

(El Estado.)

El teatro del Circo está también de enhorabuena. *La campana de la Almudaina* es una adquisición no una esperanza. Su autor no se contenta con empezar por el principio, sino que toma posesión de la escena con un magnifico drama. No hay que preguntarle quien es V. caballero?

Porque responderá: soy el autor de *La Campana de la Almudaina*. Es decir; soy un poeta que sabe imaginar una gran acción; llena de interés, unidad y artificio dramático; que logra conducirla por buen camino, sin que tropiece ó se pare en ningún escollo; que la embellece con una dición propia y robusta, sostenida a la altura de las situaciones; que crea, en fin, los contrastes mas energicos, sin caer en la exageración ni el ridículo. Quien tales cosas hace a los veinte años, puede lisonjearse de haber caminado de prisa en la ancha senda de la gloria. Pero cuidado con adormecerse en el camino, ni declinar antes de haber arribado al alto fuste.

La Teodora y Valero hacen esfuerzos increíbles y logran sostenerse a la altura de su mérito en situaciones que requieren facultades sobrehumanas. No intentamos dar una idea del asunto ni analizar las bellezas de este drama, porque suponemos que no habrá ni uno siquiera de nuestros lectores a quien la curiosidad no haya llevado al teatro del Circo.

(El Museo Universal.)

La mejor producción de las representadas en la quincena es la *Campana de la Almudaina*, drama del señor Palou, de grandísimo efecto y de situaciones interesantísimas. El interés de este drama no decae en toda la representación y ha logrado llenar durante varias noches los asientos, antes no muy concurridos del Circo. En el desempeño sobresalió la Teodora.

Noticia de los cadáveres conducidos al cementerio en el día de ayer.

Casados: V. y S. 2 Niños 1
Ca. 23. V. 2. S. 2. Niños 1

P. J. GELABERT Y POL.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana: San Andrés.

San Andrés, apostol.

Aficciones astronómicas de mañana.

Salida del sol: 7 h. 1 m.

Puesta del sol: 4 h. 37 m.

Hora en que debe señalarse el reloj al medio día.

Las 11 h. 48 m. 45 s.

AVISOS OFICIALES.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de día para mañana: el segundo comandante del batallón provincial de Mallorca, don Bartolomé Iglesias y Ramos.

Parada, el provincial de Mallorca.

Hospital y provisiones, el mismo cuerpo.

El T. C. S. M. Benito de Amores.

